

una esmerada educación. Las obras que compuso son una buena muestra de ello. Algunas de ellas se han perdido, quizá por el contexto de controversia en el que nacieron. Sin embargo, una parte se ha conservado de forma indirecta, a través de textos y citas en otras obras patrísticas.

Entre su producción destacan las obras exegéticas, apologéticas, dogmáticas y polémicas, aunque también cultivó otros géneros. *El mendigo* es una exposición dogmática, con forma de diálogo, de algunas cuestiones cristológicas debatidas entonces. Se llama así «porque la nueva herejía que trata no es sino el fruto de mendigar en otras muchas herejías: el considerar a Cristo sólo Dios (de Simón, Cerdón y Marción); la afirmación que Jesucristo nació de María sin tomar nada de ella (de Valentín, Bardesanes y sus correligionarios); el sostener que la humanidad y la divinidad de Jesucristo son de una misma naturaleza (de Apolinar) y la atribución de la Pasión a la divinidad del Verbo (de Arrio y Eunomio). Esta herejía se parecería, pues, a un zurcido de otras más antiguas, como los harapos de los mendigos» (p. 47).

La obra está dividida en un prólogo y cuatro partes: tres diálogos (titulados, en esta traducción, *el inmutable, el inconfuso y el impasible*) y un compendio dogmático, que resume lo expuesto en las tres partes anteriores. Los diálogos se llevan a cabo entre dos personajes, «el ortodoxo», que representa la posición del autor, y «el mendigo», posiblemente Eutiques. Al final de cada uno de ellos se encuentra una de las aportaciones más interesantes de la obra: unos florilegios o antologías de citas patrísticas, muchas de las cuales pertenecen a obras que hoy día no conservamos. Los Padres citados son obispos conocidos por su prestigio personal o por el de la

sede que rigen; ya no viven en tiempos del autor —esto es, tienen una cierta antigüedad— y son fieles a la doctrina de Nicea. En ocasiones, también se recurre a algunos autores que no cumplen todas estas características, como Ignacio de Antioquía o Ireneo de Lyon.

El autor de la traducción resume el contenido del libro en estas palabras: «Tres son los errores que Teodoreto quiere combatir: que la divinidad del Verbo ha sufrido una mutación en el momento de la encarnación, que las naturalezas divina y humana de Cristo se han confundido en una desde la encarnación, y que la divinidad ha sufrido la pasión. Contra estos tres errores demuestra, con el apoyo de textos patrísticos, la inmutabilidad de la naturaleza divina en Cristo, la unión sin confusión de las dos naturalezas que se produjo en el momento de la encarnación y la impasibilidad de la naturaleza divina» (p. 57).

La traducción de esta obra de Teodoreto, más literal que literaria, aunque respetando la comprensión del texto griego, se ha realizado sobre la edición crítica de Gerard Ettliger, *Theodoret of Cyrus, Eranistes* (Oxford 1975). La edición está muy cuidada y la introducción cubre los ámbitos necesarios para una buena contextualización. El libro hace el número 70 de la colección «Biblioteca de Patrística», y es la primera edición íntegra de la obra que se publica en lengua castellana.

En resumen, su aportación fundamental es la de hacer accesible al gran público una de las obras patrísticas que seguramente más influyeron en las deliberaciones del Concilio de Calcedonia, de 451. Es especialmente interesante para historiadores, patrólogos y dogmáticos, aunque esta traducción, junto con las notas y la introducción, presta a los demás estudiosos, y a cualquier lec-

tor cristiano culto, una excelente oportunidad de sumergirse en la época y el pensamiento de los Padres de la Iglesia.

Juan Luis Caballero

Henrik IBSEN, *Emperador y galileo*, Encuentro («Literatura», 56), Madrid 2006, 503 pp., 13 x 21, ISBN 84-7490-830-2.

En este drama histórico del autor noruego, Henrik Ibsen (1828-1906) —considerado el creador del drama moderno— presenta una recreación teatral de la tragedia personal de la apostasía del emperador Juliano (331/332-363). Como explica en la presentación y en las notas Joaquín María Aguirre Romero, el relato no presenta demasiada fidelidad histórica a los hechos, pero sí una acertada introspección en la psicología del protagonista y en el debate intelectual de la Roma del siglo IV. En *Emperador y galileo* (1873), Ibsen recrea la lucha interna que mantuvo el cristianismo contra el paganismo representado en este caso por el neoplatonismo, el mitraísmo y los cultos dionisíacos. Todo esta atormentada evolución interior del emperador intelectual quedó reflejada en su obra *Contra los galileos*, aunque al final de su vida —con su muerte— pronunció las famosas palabras de derrota: *Vicisti, Galilee!*

El presente drama —fáustico en cierto modo— presenta de igual manera su interés en la actualidad, también por la mención de Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est* (n. 24). En el teatro filosófico y teológico de Ibsen se presenta la apostasía intelectual y meditada del emperador que convivió y estudió con san Basilio y san Gregorio Nacianceno, además de la discreta presencia en el presente drama de la cristiana Macrina. El encuentro y la evolución entre la apostasía de Juliano y la

santidad de estos primeros cristianos da un especial vigor interior al relato. Por otra parte, también se podría decir que el protagonista presenta unas inevitables resonancias nietzscheanas que también le prestan una especial actualidad.

En cualquier caso, e independientemente de los aciertos históricos de la trama, Ibsen presenta un drama universal: el paganismo frente al cristianismo, la Iglesia frente al Estado, la libertad contra la necesidad, la caridad cristiana enfrentada a la muerte y la destrucción en que acaba todo el proyecto del emperador post-cristiano. De hecho resulta significativo el subtítulo que el autor pone a su obra: *Escenas de historia universal*. La propia apostasía le lleva al emperador a la locura y a la ruina de todo aquello que le es más querido. Su propia increencia le lleva a la aniquilación de la propia razón, hasta caer en la más profunda de las supersticiones de las que él mismo huía.

La historia y su recreación literaria pueden ofrecer, por tanto, interesantes y luminosos paralelismos con la situación actual. Ellas vuelven a ser maestras para la vida, a la vez que proporcionan luminosas pistas para una mayor y más profunda comprensión de la fe, así como de su influencia y consecuencias en la sociedad y en el mundo contemporáneos.

Pablo Blanco Sarto

Ignacio JERICÓ BERMEJO, *La Escuela de Salamanca del siglo XVI. Una pequeña introducción*, Editorial Revista Agustiniiana, Guadarrama 2005, 409 pp., 15 x 22, ISBN 84-95745-40-2.

El prolífico escritor y especialista en historia y pensamiento de la Escuela de Salamanca, Ignacio Jericó Bermejo, ofrece con este libro —como afirma en

la Presentación— «una guía para el que va a dar los primeros pasos por la Escuela de Salamanca».

El libro, distribuido en trece partes (a las que se suma la obligada sección de índices y bibliografía), trata, en primer lugar, de los hitos principales en el «descubrimiento» (desde el siglo XIX) y la recuperación del legado teológico y filosófico de la así llamada «Escuela de Salamanca», un concepto que tiene distintos niveles de uso que confluyen, por ejemplo, en la discusión que todavía se realiza sobre los autores que la integran. Tras repasar las aportaciones documentales e históricas de F. Ehrle, J.M. March y especialmente V. Beltrán de Heredia y reseñar los autores y escritos que aportan documentación relevante para su historia, Jericó estudiará en el primer capítulo la Universidad de París que fue, para la de Salamanca y a través de Francisco de Vitoria, un modelo en el que se reflejó y del que tomó elementos que serían determinantes. El segundo capítulo describe varios de los lugares en donde se encuentra el palpitar de la renovación teológica española del XVI: Salamanca, y en particular el Convento de San Esteban; el Convento de San Gregorio de Valladolid y la Universidad de Alcalá; añadiendo una escueta reflexión sobre la introducción de la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino en la enseñanza teológica. En el tercer capítulo se repasa la historia de la Universidad de Salamanca hasta su declive, tras la muerte de Báñez en 1604, así como la influencia de Vitoria en la sustitución del *manual de lectura* teológica y en la consolidación de Tomás de Aquino como referente. En el cuarto describe las distintas órdenes (dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas) que acogió la Universidad.

El capítulo V trata de los caracteres que comúnmente se han tenido en

cuenta para describir el concepto historiográfico de «Escuela de Salamanca», destacando en particular su corte humanista, la autoridad de la Sagrada Escritura y su transmisión en la Iglesia (frente a la herejía luterana), y el uso del dictado en clase que ha permitido acceder al núcleo de su pensamiento a través de los manuscritos escolares —objeto del capítulo VI—. Un escueto repaso a los maestros y profesores de esta Escuela ocupa las páginas del capítulo VII y VIII; entre los primeros: Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé Carranza, Melchor Cano; entre los segundos: Pedro de Sotomayor, Juan de la Peña, Mancio de Corpore Christi, Juan Gallo, Bartolomé de Medina, Domingo Báñez, Juan de Guevara y fray Luis de León.

Según el autor «la originalidad de este libro es posible que se encuentre en los últimos capítulos, desde el noveno hasta el undécimo»; ciertamente, en ellos se trata de la temática del *artículo de fe* sobre la cual el autor realizó su tesis doctoral y en relación a la cual ha publicado numerosos trabajos; después de considerar el tratamiento del tema en Tomás de Aquino (cap. IX), lo revisa en Francisco de Vitoria (cap. X), buscando sistematizar las tesis de la Escuela salmantina (cap. XI).

En resumen, el libro muestra la amplitud de los conocimientos de un experto en la Escuela de Salamanca, hay ciertamente muchas reiteraciones —de las que el autor ya se disculpa de antemano—, y algunos estudios que sorprende que no hayan sido citados, lo cual podría ser comprensible en una temática tan vasta; sin embargo hay elementos extraños que no quedan justificados por el autor, tal como la inclusión de Bartolomé de Carranza, no ya entre los profesores, sino entre los *maestros* de